MUÑEQUITA

Paloma González

Si tuviera que hablarle de Amelia, le diría que era una vieja amiga, que conocí hace varios años y se terminó la historia. Aunque últimamente estaba cambiada. Para contarle cómo era en estos últimos meses, tengo que hablar de una persona transformada.

Hacía años que no nos visitábamos. Desde que me operaron de la cadera casi no salía de mi casa, excepto para chequeos médicos. Nos hablábamos por teléfono —teléfono fijo, porque el Movicom no sabíamos usarlo—.

Me llamaba por la mañana, no fallaba una. Alrededor de las 6 ya estaba fuera de la cama y a las 7 me marcaba. Ella se clavaba en la mesita donde estaba el teléfono y me contaba algún chismerío de la cuadra. Se quejaba por un ojo que le lloraba por el tema de las cataratas o porque la vereda se vivía ensuciando con hojas.

Era la primera en enterarse de la muerte de los vecinos. Buscaba en las necrológicas o vaya una a saber, pero ella siempre tenía la primicia. Estaba medio obsesionada con ese tema. Mire, contaba sepelios como si pasara las páginas del diario, fantaseando una muerte lejana para nosotras, como si ese momento nunca nos fuera a agarrar de las patas. Ella pensaba que todavía éramos unas pibas.

Su rutina consistía en desayunar pan con queso y mate cocido. Leía la guía telefónica, escuchaba la radio. Salía a la puerta a chusmear con el pretexto de barrer la vereda, aunque con la operación de rodillas que tenía encima duraba cinco minutos. Cuando se cansaba se sentaba en el sillón dando a la calle. El resto del día era mirar la novela, leer el diario y dormir.

Hará unos meses atrás empecé a notarla cambiada, vital, con más energía. Alguna pichicata nueva supuse. Estaba diferente a la vieja que yo conocía, ya no renegaba ni chistaba. Ahí fue que me empezó a hablar de una nena que nunca me había mencionado, no sé si sería su nieta o qué. Yo a la chiquita jamás la vi. Solamente una vez fui, que mi hijo me llevó a la consulta del médico, y se me dio por pasar a tomar unos mates por lo de Amelia, que teníamos bastante sin vernos.

La chiquita estaba en el colegio. En la casa había juguetes por todos lados, dibujitos pegados en la heladera, una cartuchera desparramada por el cajón de la cocina, vinchas con dibujitos en el baño, colitas de moños metidas en el pastillero de Amelia, las paredes rayadas como con fibra. Y la muñeca de ella sobre la cama, que justo ese día se olvidó de llevarla al colegio, porque, según me decía, la nena nunca se despegaba de esa muñeca —bastante fea,

dicho sea de paso—. Era de esos berrinches que suelen hacer las criaturas, digamos.

Amelia mostraba todas esas cosas como orgullosa, feliz. Mostraba detalle a detalle cada una de esas cagadas y hablaba sin parar de esa nena bochinchera. Me imagino que para alguien tan sola como ella, ese caos y esa acompañamiento eran una alegría, pero a su edad… ¿cómo soportaba ese desorden? La verdad que era un lío.

Su rutina cambió. Ahora tenía más, cómo le digo, color, yo diría un motivo para levantarse y estar alegre, alguien a quien esperar.

Al mediodía ya estaba todo preparado para cuando llegaba la nena del colegio: hacía la comida con tiempo, dejaba lista la bañera con la temperatura perfecta para refrescarse y la cama para la siesta, las sábanas tirantes y perfumadas, la almohada acolchonada y suave como una nube, esa cobija calentita, la que te protege de cualquier monstruo y amenaza, como le gustaba decir a ella. Y sobre la cama, la muñequita que le dije, que, según Amelia, era una «muñequita tan linda», que dos por tres hasta ella se dormía abrazada al esperpento ese, que como le dije para mí era un espanto. La persiana baja para ocultar la molestia de la claridad, un poquito entreabierta para dejar que pase ese rayo de sol que te acaricia la mejilla, como un beso que te desea un buen descanso. Después se levantaba y esperaba a la nena con algo rico para la merienda. Un ritual de amor.

Por esos días, el Pocho, su vecino, me dijo que le llamaban la atención algunas situaciones. Me contó que la agarró haciendo dibujos, hasta una rayuela en la vereda por ejemplo, y que a veces se escuchaban carcajadas a cualquier hora de la noche o correteadas por la casa. Comportamientos raros en un vieja, vio.

Otra vuelta el Pocho fue a lo de Amelia por si necesitaba algo y, al llegar, estaban las sábanas por el suelo y había comida en feo estado, la casa hecha un desastre completo. Pero que a ella la vio tranquila, tarareaba con dulzura una melodía de una canción infantil, me dijo. Sentada en el comedor con la cartuchera de la nena, pintaba unas fotos que parecían viejas, estaban en blanco y negro y eran unos nenes, con ropa antigua.

La verdad es que a mi raro no me pareció, Amelia era muy melancólica, y con este tema de la chiquita, medio que no paraba de romper las guindas. Yo supongo que era todo para jugar con ella, eran muy apegadas.

Me empecé a preocupar cuando me dijo que la nena andaba decaída. Me contó que encontraba mechones de pelo en la ducha, que algunos de sus dientes se empezaron a aflojar, le dolía el cuerpo y ya no corría. Ni siquiera quería estar con su muñequita. Yo le dije que la lleve a un médico, pero que no y que no, que la nena no quería. No sé cuál de las dos era más testaruda.

Amelia, cuando pasó todo esto de la chiquita, dejó de comer, de barrer, de mirar sus novelas y se puso a la par de la criatura. La última semana se la

pasó tirada en la cama, ya te digo, no comía ni salía a ver a la vereda como siempre. Estaba muy preocupada. Sí, me llamaba, sí, pero cada vez más tarde.

En ese ínterin, una noche ya tarde, sonó el teléfono como loco, y yo que me sulfuraba porque me estaban interrumpiendo la novela. Hasta que agarré el aparato y escuché una respiración agitada, pero sin recibir una sola palabra del otro lado. Un mocoso haciéndose el gracioso, pensé. Casi corto.

Hasta que Amalia me empezó a contar que la nena no aparecía, que se había ido. Estaba preocupadísima, sobre todo, decía, porque había dejado sus juguetes, sus crayones y hasta sus colitas de moño que le gustaba ponerse en las trenzas. Aparentemente, lo más raro era que había dejado hasta su muñequita, que nunca la soltaba.

Yo intenté calmarla y le decía que eran cosas de chicos, que estaría escondida por ahí y que ya iba a aparecer. Pero ella, dale que dale, desesperada. A mí se me estaba acabando la paciencia mientras miraba la novela sin volumen. Y, de pronto, zaz, empezó a gritar diciendo que la vio correr hasta el cuarto, y que al seguirla la vio reflejada en el espejo.

Yo no sabía qué hacer. La escuchaba decir disparates y no había forma de que se callara y me hiciera caso.

Se hizo un silencio. De repente, un estallido de vidrios y el impacto de, supongo, la muñequita de porcelana contra el suelo. Me quedé helada.

Oí su voz apagada y fría, casi un murmullo que se hacía cada vez más lejano. «Se escondió adentro del espejo, ya no va a volver», dijo y colgó. La llamé varias veces, pero ya no respondió.